FAGETTI: AMOR Y RENCOR DE PAYSANDU

por Angel Rama

JUAN ESTEVAN FAGETTI (1888-1954) tipificó el drama de la cultura provinciana en el Uruguay, su irrisión y su gloria. Un silencio poblado de anécdotas curiosas, que subrayaban lo estrafalario de la personalidad, fue la aureola que este nombre tuvo en los últimos años, y que lo acompañó, regustado por el poeta, hasta su muerte. Podría pensarse que el propio Fagetti propiciaba este extraño cortejo morturio y lo jaleaba con nuevas contribuciones, tal como si quisiera una apoteosis grotesca para cerrar una vida casi absurda. Quien más y mejor se ha ocupado de él, Gonzalo de Freitas, lo ha evocado así: "*Lo veo, ahora, a la boca del escenario aquel, con su pose de periodista desmañado y escandaloso, rodeado por una soledad digna de otro siglo, de otro sitio. Había escrito una novela maligna, destinada a la extorsión: muchos libros de poemas magníficos, pero, donde de tanto en tanto se arremanga su musa, para entrar al libre juego de la pasioncilla. Tenía, seguramente, la necesidad de ser así, sensible, desparejo, violento, escarnecedor, culpable de esa propia historia, que él mismo fue describiendo teatralmente a través de los años, y donde sus errores, si figuran en algunas minuciosas agendas todavía sirven para ubicarlo en la debilidad y en el drama, pero no autorizan este mezquino silencio que se ha tendido hasta hoy sobre su poesía*". (MARCHA, XXI, 969, 24 de julio de 1959).

En 1909, la carita presuntuosa e ingenua, irremisiblemente juvenil, de un cadete, enfrentaba desde la tapa de *Palique del momento*, el juicio —que debía esperar implacable y exaltador— de la crítica literaria. No creo que nadie haya atendido a estos versos donde las vaguedades postrománticas encubrían voluntarios prosaísmos, ni que nadie haya sido sensible, en medio de tanta hojarasca grandilocuente, a algunos arrestos audaces de compadrito, que habla con tono entre pretencioso y burlón:

Frente a la diaria y mercantil protesta
que rompe al carro del Ideal la llanta...

El cadetito había hecho sus primeras armas en la guerra fratricida, y a su modo, también él como Florencio, aprendió para siempre la lección: una repugnancia ingobernable por la vida militar, un escepticismo creciente acerca de la patria y su bambolla, aparece justificando esta confesión lírica:

y el sentimiento patrio será la fe apagada
bajo las misteriosas paredes del cuartel.

El desilusionado militar canta el amor, canta sobre todo su tierra natal, ésa a la cual estará amarrado, vida entera, con lazo de afecto, de rencor, de envidia, de codicia, de exasperación, o sea con auténtico lazo de amor. Le pide a Paysandú acogida, le pide hogar tranquilo, le pide vida apacible y oscura, y ensalza ya sus pocas glorias literarias:

para llorar tu historia, hay un Pereda
y un Soiza Reilly que tu Vida cante.

Paysandú será, desde este día del regreso, la obsesión de una vida. En ningún otro escritor del país, la seducción y el horror de la vida provinciana se combinaron de modo tan exclusivo, tan devorante. En su libro *Elitros* de 1914, donde el escepticismo ha cubierto las primeras esperanzas, es la "*vida departamental*" la que está juzgada, directa o indirectamente, como causa primera de la desdicha. Burlonamente puede parodiar el "*ubi sunt*" medieval, para preguntarse:

¿En qué paró la gloria
de aquella vida departamental,
halagada por todas las templanzas
de gente ajena al mal?

Y en los momentos de desfallecimiento, que ahora vienen adornados de un tardío modernismo, ya endeble y vacuo, se conforta a sí mismo diciéndose: "*Alma, bien sabes / cómo yo amé a mi población entera*". Quizás, por eso mismo, la figura de Juan José de Soiza Reilly adquiere a sus ojos juveniles el misterioso encanto de los grandes: es el nacido allí, en el terruño, el rebelde, el que triunfó:

Don Juan José de Soiza Reilly es una persona
de antecedentes pulcros... hijo de Paysandú...
El señor J. Soiza Reilly ha sido atorrante...
Luego bohemio. Y todo. Hoy ciñe regio guante...
Lapida la gramática jugando a la ilusión.
Y por eso su vaga silueta incomprendida
ante los soñadores de estos pueblos sin vida
siempre ha de alzarse al paso de lírica canción.

Para 1927, cuando publica esa colección de poesías y erratas que se titula *Pueblo chico*, ya ha conocido la experiencia renovadora de Baldomero Fernández Moreno, de Banchs y en general de la poesía argentina de los años veinte a la cual se adherirá como a una segunda patria. Pero la suya ni siquiera es el Uruguay: es Paysandú, el "*pueblo chico*", que define ácida, amorosamente, en la portada del volumen, encima de la fotografía de la iglesia histórica y pueblerina: "*Versos escritos en los ocios del café de un pueblo chico, en tanto los tertulios se devanaban los sesos jugando al billar, excrutando el enigma de los naipes constelados de monarcas y chuscos nobiliarios y, el patrón ensayaba a levantar columnas y obeliscos con monedas de níkel. Inician en ellos una zarabanda incomprensible, que termina en lo subconsciente, la Luna, el camino, el árbol, las estrellas, el hombre, la roca, algunas máquinas, San Francisco de Assis, un vigilante, una calesita y varias mujeres. Los tertulios del café ya murieron, mas queda grabada en el espacio, la visión de la última noche en el respectivo casillero de la eternidad. Sellado su ciclo poético el cantor gasta los ocios en la calle principal del pueblo, por donde pasan en pomposos y sombríos coches fúnebres, vanidosos, ciegos del espíritu y descuidados*".

Palabras inolvidables: huella áspera de la vida pueblerina. En otros poetas, y pienso en el paradigmático Antonio Machado, la indulgencia viene en ayuda del desaliento, como un ángel, antídoto de corrosivas experiencias. En Fagetti no; los años apresuran el desgaste, acrecientan la náusea, sobre todo empiezan a limar la capacidad de dolerse y lamentarse, y dejan el paso a la repulsa, a ese rencor mascado en largos días de soledad y vacío.

Son las 9: este pueblo
deja hablar al silencio...
Es como un cementerio
atestado de muertos.
Como ahorcados, en todas las esquinas,
los faroles sangrientos
guiñan a los fantasmas
que andan a paso recio.
Oye hermano: los perros...
pobres hermanos nuestros
que vigilan el curso de la Luna
a través de los páramos del cielo.
Ya no brilla una luz en las ventanas.
Todos están durmiendo
en sugestiva posición de muertos.
Nadie pensó un minuto
en Verlén y en sus versos.
Este pueblo está muerto
y hasta extinguió sus lámparas de miedo.
Todo está quieto.
Ciego...

Es comprensible que, cuando en 1930, publica *Policiales (versos escandalosos)*, desde la carátula irrumpa la burla, el sarcasmo, contraste del cliché romántico de la parejita a la luz de la luna, y del extravagante dibujo de los que ascienden por la escala al avión, partiendo del casco del policía. Es la época de *El hombre que se comió un autobús*, la época de los cantos ultraístas al Palacio Salvo, la época en que ya se han aceptado los polirritmos de Parra, la época de los poemas franceses de Guillot Muñoz, en *Misaine sur l'estuaire*. El repertorio futurista que usa la disonancia, el contraste y la burla para mostrar una realidad de máquinas, de hombres-masa, de audacias obscenas y secretas ternuras, surge libremente en Fagetti y le ayuda a encontrar su mejor voz.

Montevideo no le resultará mucho mejor que Paysandú, y ambas ciudades quedarán aprisionadas en un exacerbado, enloquecido divagar: ya no teme a las vulgaridades, pues sabe que éstas son el rescate de una experiencia viva, real, amarga, sobre la cual asentar las últimas esperanzas de algo mejor. Cantos contra Wall Street, denuncias de la miseria, alternan con fúnebres visiones del mundo, con ridículas interpretaciones de la vida vulgar. Son todos asuntos para la página policial:

Arribo desde el índice
de la geografía de la patria.
Los otros son dementos: yo estoy cuerdo.
Me licenciaron en la policía
donde era agente, porque el comisario
vendía en un prostíbulo a la Luna
y yo se la raptaba
continuamente, para irme con ella
hasta la plaza, y así ver las torres
cómo los cuernos hacen a la luna
por unos pocos céntimos de estrella.
Allá dejé el machete
de la vital polémica. Está romo:
traigo una lora que se asigna Paula
y que en el buche se metió una jaula:
pájaro docto, mas mi policía
hará que no se coma nunca un día.

Ya no le es posible lamentarse. Y ahora ríe, con mala risa. De sí mismo el primero, objetivándose en todos quienes lo rodean, en cada calle de pueblo, en cada mezquindad, para seguir riendo.

Después del interludio de *San Ramón* (1945), que sigue a sus *Piropos a Buenos Aires* (1943), le espera una tardía consagración. Tiene sesenta y dos años y una vida poética en que casi no tuvo lectores. En el certamen literario que organiza el gobierno municipal de Paysandú en 1950, un jurado, presidido por Roberto Ibáñez, le otorga el primero y *segundo premios*, y la "Flor natural", como aún se dice en estas competencias "departamentales". *Tes's lírica (para el doctorado de lo intemporal)* se llama el libro, donde Fagetti intenta el último salto: el desprendimiento de la realidad, del mundo ácido en que vivió, y que él mismo forjó, para un torpe ascenso a una visión intemporal de la vida. En vano. Vallejo le presta una mano para romper la gramática, y consigue un adentramiento ríspido en el mundo que lo rodeó siempre, no en otro mundo. Paysandú, igual pesimismo. Vida pueblerina retorcida en un alambique. Presencia fatal de la muerte que es sólo disgregación. Macabrina obscena de un universo que se ha dado vuelta, donde se han mezclado los contrarios, superpuesto las figuras más lejanas y estrambóticas. Idioma que no alcanza para expresar el aquelarre final. Y con una evocación del Paysandú aquel de su primera juventud, con una imagen de pompa de jabón al viento, el poeta de sesenta años musita:

Una hora te queda:
dile: adiós Uruguay.

Pero aquí están algunos de sus poemas definitivos. Junto a los de *Policiales* y *Pueblo chico*, y algunos de *Piropos a Buenos Aires* compondrían una antología curiosa. En ella se recobraría un poeta insólito, que el Uruguay ha preferido ignorar, por lo mismo que sigue sujeto a la rueda modernista, a pesar de los años transcurridos. Y en esos poemas se seguiría la historia de este rencoroso amor pueblerino, que fue la única gloria —y la cruz— de Juan Estevan Fagetti.